

Góngora... ¿y Quevedo?

Amelia de Paz

«Opinar acerca de un escritor clásico es cosa fácil», decía Cernuda con ironía solo aparente¹. En efecto, nuestra imagen de los clásicos reposa sobre el suelo firme de muchas opiniones ajenas, sedimentadas durante siglos: material de acarreo de muy desigual procedencia al que lo fácil es añadir un estrato más; lo difícil, casi siempre, descubrir al escritor en la solidez venerable del monumento. En el caso de una historia literaria hipertrofiada como la española, la apreciación cabal de un autor constituye una tarea generalmente ardua. El curioso que con ánimo veraz intenta adentrarse en el camposanto literario tropieza pronto con un severo cordón de seguridad, donde el dato certero, la hipótesis y la conjetura infundada se amalgaman vedando el acceso a ese reino de sombras.

Sombra es el poeta Quevedo. La impronta de su prosa, la contundencia con que se nos impone su persona, real y legendaria, en ella y en el relato de su primer biógrafo, a menudo hacen olvidar la niebla que envuelve a una obra poética de la que quizá como de ninguna en las letras españolas puede con mayor fundamento afirmarse, parafraseando a Borges, que es menos una poesía que una dilatada y compleja conjetura. En la filología, donde motivos para el escalofrío no faltan, pocos correctivos al fetichismo habrá como las ilustraciones de González de Salas al *Parnaso español*, biblia del quevedismo poético. Son, por un lado, testimonio de amistad: por ellas conocemos la cercanía de González de Salas a Quevedo y su propósito de consagrarse a dar a la imprenta los poemas del amigo, cuya muerte tan hondo vacío ha dejado en él. Pero aparte del desahogo elegíaco, incluyen valiosas confidencias de interés general, como el estado en que le llegan los poemas o que suya es su distribución definitiva en «Musas»². No está González de Salas por ocultar nada —para él no es reproable lo

¹ «El crítico, el amigo y el poeta» (1948), *ap. Poesía y literatura*, Barcelona, 1975, p. 158.

² He aquí alguna muestra: «De ruinas y de despojos débiles ha sido fuerza que se hubiese de construir fábrica tan insigne» (González de Salas, *Preliminares e ilustraciones al Parnaso Español*, 1648, *ap.* Francisco

que para nosotros, herederos del romanticismo, sí—, ni siquiera sus injerencias en los versos de Quevedo, que él siente como contribución al buen nombre del difunto:

Estas dos coplas me repitió don Francisco alguna vez, y nunca otras más de este romance [«A los moros por dinero»], ocasionándolo a falta de memoria; de donde yo estuve persuadido que, o no le continuó, o que ha corrido la fortuna de otros que, hoy ocultos, solo hay noticia de que fueron. En esta duda, yo le suplí, por el donaire de su principio; como, para divertir el ánimo, a algunas otras poesías apliqué la misma diligencia, a unas más y a otras menos, conforme el defecto padecían³.

Hoy puede parecer herejía a nuestra idea reverencial de la creación literaria, pero responde a la vigencia de una concepción artesanal, colectivista, del arte, donde, a pesar del culto al individuo obligado desde el renacimiento, sigue importando más el producto que el artífice. Aún queda mucho para que el romanticismo venga a invertir las tornas poniendo al genio en candelero. Pero no nos interesa aquí la solicitud de don Jusepe como documento de época, sino el alcance de su colaboración: esos poemas rescatados de borradores y enmendados por el editor *para divertir el ánimo*, y a los que llamamos auténticos, constituyen, como es sabido, nuestra base para determinar el peculio poético de Quevedo. Ellos, y los contenidos en *Las tres musas últimas castellanas*, editadas por Pedro Aldrete en 1670, cuyo rigor no será mayor. El número de poemas publicados por Quevedo en vida no llega a un diez por ciento del total conservado —de ellos, solo un escaso porcentaje lleva su nombre— y excluye los más largos, con una sola excepción, y los representativos de varias tendencias, como ha demostrado Antonio Carreira en un trabajo memorable que deshace el espejismo de la enorme fama poética de Quevedo en su tiempo⁴. Para el resto de los más de ochocientos, la dudosa solidez de la *princeps*, nuestra ignorancia ya sin remedio de su grado de fiabilidad nos abocan apenas sin salvaguarda al maremagno aún más insondable de una tradición manuscrita carente de *codex optimus*, donde conceder credenciales de autenticidad a un poema constituye a menudo empresa tan arriesgada como su fijación textual.

de Quevedo, *Obra poética*, ed. de José Manuel Blecua, Madrid, 1969, I, p. 91); «en las poesías de que se halló dueño después su heredero, las que parecía que él destinaba para esta Musa se reducían todas a unos pocos sonetos, descuidadamente escritos, que después se cuidaron, sin que un verso de otra especie hubiese la iniquidad dejado para su honor y para su memoria... De manera que de destrozos y desperdicios esta, no sé si bien acordada música, que habemos suministrado a Thalía, más atención nos ha malogrado y diligencia que todas las otras Musas» (*ibidem*, p. 133); «admití yo, pues, el dictamen de don Francisco, si bien con mucha mudanza, así en las profesiones que se aplicasen a las Musas, en que los antiguos propios estuvieron muy varios, como en la distribución de las obras, que en aquellos rasgos primeros y informes él delineaba; según yo juzgué por mejor la conveniencia y el acierto, lo dispuse» (*ibidem*, p. 92).

³ Nota de González de Salas al romance «A los moros por dinero» (Blecua 769), *ap.* Francisco de Quevedo, *Obra poética*, ed. de J. M. Blecua (Madrid, 1971), III, p. 77.

⁴ Antonio Carreira, «Quevedo en la redoma: análisis de un fenómeno criptopoético», *ap.* VV. AA., *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, ed. de L. Schwartz y A. Carreira (Málaga, 1997), pp. 231-249. Confirma esta tesis el testimonio de primera mano del propio González de Salas: «La felicidad del ingenio de nuestro don Francisco, fuera es de toda duda que reinó en la poesía. Pocos creo que lo entendieron así, por comunicarle íntimamente pocos; pero yo lo tuve bien advertido siempre, aun cuando más presumió de otras erudiciones, y ansiosa y afectadamente las profesó, y se divirtió por mucha edad en ellas» (*Parnaso español*, «Prevenciones al lector», *ap.* Quevedo, ed. cit., I, p. 91).

No es ningún secreto, ciertamente, esta precariedad; de todos son conocidos también los esfuerzos que se vienen haciendo para restaurarla. Por ello sorprende que, a pesar de todo, lluevan sobre la poesía quevediana los juicios *ex abundantia cordis* y las grandes construcciones con facilidad y seguridad pasmosas. Se suele no discriminar al poeta del polígrafo, como si las categorías aplicables al Quevedo édito en vida valieran para el poeta póstumo. Da la impresión de que la labor oscura de un puñado de positivistas atentos a lo que hay —varios centenares de poemas en entredicho— nada significase frente a lo que se quiere creer que hay: ante el Quevedo inventado, poco cuenta el real. Algo tendrá que ver en ello su temprana mitificación. Y es que desde el principio este autor parece haber implicado más los corazones que las cabezas: más que a discernir, Quevedo mueve a alistarse. De pocos ingenios, en efecto, se habrá podido decir más ni con más vehemencia; a pocos habrá dejado impasibles la figura de don Francisco. No cuadra a Quevedo, apasionado en todo, una lectura tibia. Quevedo, hombre de ideas y palabras —más palabras que ideas— rotundas, desmesuradas, ha engendrado un quevedismo a su medida, descomedido, incondicional, y donde, como en el propio Quevedo, apenas hay medias tintas. Tanto mayor es la deuda contraída con los quevedistas fidedignos, por cuanto se suele echar en falta en el quevedismo algo que a Quevedo no puede pedírsele: adecuación a los hechos, ecuanimidad, reserva crítica⁵.

En tan incierto soporte se nos sirve, pues, uno de los platos fuertes de nuestra historia literaria: la presunta rivalidad encarnizada entre Góngora y Quevedo. Capítulo que los colegiales españoles recitan de corrido aun sin haber abierto un libro y en el que milita más de un dómone: la polémica de marras pertenece al acervo intocable de las creencias colectivas. Sí: los dos nombres señeros constituyen una mezcla explosiva; hoy se admite como normal, y hasta obligado, que la conjunción de Quevedo y Góngora suscite la toma de partido antes que cualquier consideración de orden estético, que, cuando llega, suele hacerlo en forma igualmente maniquea y perversa. Asombra constatar cómo en tales logomaquias son educadas promociones enteras de bachilleres y universitarios españoles. Más aún, ver irse con la corriente del uso a quien como nadie debería sentirse comprometido con la verdad y justicia literarias, más allá de la herencia recibida: el especialista, a quien corresponde deshacer estados de opinión infundados, no perpetuarlos.

Tal es el caso del último ensayo aparecido bajo el título «Góngora y Quevedo», cifra de la ortodoxia en esta materia⁶. Proviendo de un estudio integral del autor madrileño —el profesor Jauralde tiene en prensa una biografía de Quevedo—, era de esperar que el opúsculo arrojase nueva luz sobre la relación entre los dos ingenios, arrumbando lugares comunes y desmentidos. Desgraciadamente, no es así. Las páginas de Jauralde dejan intactos unos y otros, y nada dicen que no esté ya dicho, y

⁵ En un ensayo ninguneado, Luis Rosales lo ha dicho con menos miramientos: «... el estudio de Quevedo es uno de los pecados mortales de la literatura española... Sobre ningún escritor español se han acumulado tanta beatería, tanta ignorancia, tanta mendacidad, tanta repetición y tanto atrevimiento por sus biógrafos, editores y aprovechadores» («Un pecado mortal de nuestras letras», *Cuadernos hispanoamericanos*, núms. 361-362, 1980, pp. 55-56).

⁶ Pablo Jauralde Pou, «Góngora y Quevedo», *Voz y letra*, VIII / 2 (1997), pp. 119-140.

contestado, en trabajos ajenos, cuyas aportaciones subestima injustificadamente Jauralde desde el primer párrafo, haciendo concebir vanas esperanzas en su propia contribución. Buena parte de su artículo está dedicada a recordarnos los episodios sobresalientes del supuesto enfrentamiento literario entre Góngora y Quevedo, como si la polémica no hubiera tenido ya tan fervorosos cronistas como autorizados escépticos⁷. El resto se emplea en documentar de forma incompleta la que, según Jauralde, es causa de que Góngora arremetiese contra Quevedo: la continua provocación por parte de este, con sus rehechuras de poemas gongorinos.

Que, pese a su precocidad, Quevedo llegó tarde a la palestra poética no sonará a paradoja a quien considere lo que para la poesía española supuso Góngora, diecinueve años mayor que el madrileño y que publica su primer poema el año en que este nació. Quevedo, naturalmente, no pudo hacer ojos ciegos a esa precedencia. Ni Quevedo ni nadie: su actitud al tomar pie en versos gongorinos «para ensayar su deformación grotesca», que Jauralde califica de «curiosa»⁸, nada tiene de original; en ella cayeron, de un modo u otro, cuantos poetas escriben después de Góngora, y numerosos autores en otros géneros, para quienes la poesía de don Luis es referencia obligada en imitaciones, comentarios, citas, glosas, en burlas o en veras: no se puede prescindir de él. Habrá quienes, como Solís, lleguen al extremo de reír con humildad —por no llorar— la propia insignificancia frente al poeta cordobés⁹; Quevedo, más soberbio quizá, incapaz de tomarse en broma a sí mismo, se baja un piso antes: en la parodia. Pero nótese bien el carácter retrógrado de esta que, a diferencia de la mimesis, es las más de las veces el recurso de periodos de cansancio creador, en contra de la novedad que el profesor Jauralde le atribuye. Esa «arma destructora» que Jauralde cree ver en los procedimientos de Quevedo nada destruye —igual que la *Batracomimaquia* deja indemnes los hexámetros de la *Ilíada*—, salvo, en todo caso, la probidad inventiva de Quevedo¹⁰. Los ejemplos de contrafacturas quevedianas de versos de don Luis que

⁷ Entre estos últimos se cuentan los máximos conocedores de Góngora: Robert Jammes y Antonio Carreira. El primero ha destacado la entrada tardía de Quevedo en la polémica en torno a las *Soledades* y ha puesto en duda la legitimidad de la atribución al madrileño de la mayoría de sus supuestas sátiras antigongorinas (Luis de Góngora, *Soledades*, edición de R. Jammes, Madrid, 1994, pp. 676-678); el segundo, basándose en la cronología, señala que «Góngora y Quevedo, cuya enemistad se ha aireado en exceso..., se deben de haber encontrado muy poco, al menos hasta los últimos años del cordobés», y ha recordado que Góngora no nombra nunca a Quevedo en sus escritos, incluido su epistolario (A. Carreira, *loc. cit.*, pp. 233-234). Dámaso Alonso, por el contrario, se muestra bastante crédulo en este asunto (*Góngora y el «Polifemo»*, I, Madrid, 1967, pp. 64-71).

⁸ *Op. cit.*, p. 120.

⁹ Cf. A. Carreira, «Antonio de Solís o la poesía como divertimento», *Actas del IV Congreso de la AISO*, ed. de M^a C. García de Enterría y A. Cordón Mesa (Alcalá de Henares, 1998), I, pp. 371-390.

¹⁰ «Quevedo acude a ese sistema de creación para utilizarlo como arma destructora» (Jauralde, *op. cit.*, p. 135); «es bastante probable que el empeño quevedesco en redactar un extenso poema épico burlesco, *Las locuras de Orlando*, constituya el último esfuerzo del madrileño para destruir la fama de Góngora, la que se asentaba sobre un poema épico» (*ibidem*, pp. 136-137); «las más de las veces, en sus asomadas públicas grita lo que padece y destruye lo que se crea a su alrededor, aunque sean los bellísimos y difíciles versos de un poeta andaluz» (*ibidem*, p. 140). A nuestro juicio, Jauralde exagera la intención destructora de Quevedo, o su novedad, cuando ve en el tono paródico de «A la orilla de un brasero» (Blecua 785) «una clara toma de postura frente a las composiciones líricas y pastoriles del poeta cordobés» (*op. cit.*, p. 129). No creemos que en este caso Quevedo se oponga a Góngora, sino más bien que sigue el camino abierto por este, desde fecha muy temprana, con romances como «En la pedregosa orilla», de 1582.

Jauralde alega, junto con otros muchos que hubiera podido añadir, dan fe, entre otras cosas, del conflicto que debió de padecer Quevedo intentando abrir brecha detrás de Góngora en el filón agotado de la poesía; que no fue el único que entró a saco en la obra gongorina es —insistimos— realidad probada, que Jauralde liquida en una frase, porque imaginar a Góngora sorprendido y molesto sólo por la intromisión de Quevedo es lo que le interesa¹¹. Persuadido de que Góngora decidió castigar a Quevedo, supone Jauralde que el lector también lo está. Y así, con la confianza que da creer al interlocutor partícipe de las propias ideas, en esta monografía proliferan, indocumentadas, expresiones de corte astranESCO:

De modo que volvemos a *la molesta sorpresa de Góngora* al reconocer... versiones grotescas de sus propias criaturas poéticas (p. 130).

Todo ello tiene continuidad en años posteriores, aunque a veces sea difícil datar el contrafacta [sic] quevediano, o *el zarpazo gongorino* (p. 133).

No sabemos que, por ahora, Góngora le contestase; pero *la herida quedaba abierta, permanentemente abierta, para que cada vez que cruzaran sus vidas nos dejaran una estela de odio y de insultos...* Por el momento parecieron tranquilizarse los ánimos. Ya veremos que no será así. Cuantas veces se crucen, en adelante, *no dejarán pasar la ocasión de hacérselo saber* (p. 127).

No parece ya que podamos conocer el detalle de *la enemiga*. Pero la chispa hubo de saltar, en algún momento, entre mayo y noviembre de 1603... *Ese cruce de versos proseguirá a lo largo de veinticinco años*, historia poética tan rica que ahora no voy a desmenuzar (pp. 128-129).

¿Cómo iba a reaccionar Góngora ante estas intromisiones? Por ahora, *intentando aplastar a aquel joven insolente* (p. 130).

Ninguna de las afirmaciones subrayadas viene avalada por la contundencia de la prueba, y el lector tiene que creerlas, como si de un acto de fe se tratase. Difícilmente podría Jauralde demostrar esa enconada lucha que proclama: si se repasa la obra de Góngora —los cuatrocientos dieciocho poemas auténticos y el medio centenar largo que constituye el corpus de atribuidos de autenticidad probable— no se encuentran más que dos de los que se puede pensar con fundamento que están disparados por Góngora contra Quevedo: los sonetos «Anacreonte español, no hay quien os tope» (Millé LXII) y «Cierta poeta, en forma peregrina» (Millé LXXV)¹². Ninguno aparece refrendado por

¹¹ Ya que aduce materiales de una tesis doctoral acerca de los romances de Quevedo, al parecer inédita (la de Remedios Morales Raya, citada en pp. 131, 133 y 135; si está publicado, de la misma autora, al menos el opúsculo *Fecha y circunstancia de los romances de Francisco de Quevedo*, Univ. de Granada, 1993, 151 pp.), hubiera podido completar su documentación con solo hojear otra acerca de los romances de Góngora (Antonio Carreira, Univ. Complutense de Madrid, 1995, 2.167 pp.), antes de ponerse a espigar lugares gongorinos en la poesía de don Francisco. Las recreaciones quevedianas de romances de Góngora allí localizadas alcanzan el centenar, cifra a la que se suman las numerosas halladas en otros muchos autores, españoles y portugueses, testimonio de una inusitada recepción. Cf. ahora Luis de Góngora, *Romances*, edición crítica de A. Carreira en 4 volúmenes (Barcelona: Quaderns Crema, 1998), cuya numeración adoptamos en este trabajo.

¹² El destinatario de las décimas «Musa que sopla y no inspira» (Millé XXII), fechadas con posterioridad a la composición de la letrilla de 1603 «Qué lleva el señor Esgueva» (Millé 121) a partir del epígrafe de un manuscrito que poseyó Foulché-Delbosc (el VE, f. 110; cf. *Obras poéticas de don Luis de Góngora*, ed. de R.

la autoridad de Chacón, que excluye las sátiras personales, pero figuran en excelentes manuscritos gongorinos —el primero también en la edición de Vicuña (1627)—, y tienen ambos el sello difícilmente falsificable de don Luis, aunque el primero algún manuscrito lo atribuya a Lope de Vega¹³. Este —una burla del Quevedo helenista— se considera inspirado por su *Anacreón castellano*, probablemente difundido a partir de abril de 1609, por lo que Ciplijauskaitė fecha el soneto de Góngora, con reservas, en ese año; Carreira, siguiendo a Jammes, amplía el margen a 1609-1610; Millé había hecho llegar el término *ad quem* hasta 1617¹⁴. La composición del segundo soneto se situaría en 1618, como posible respuesta a la concesión a Quevedo de un hábito de Santiago a finales del año anterior. Todavía un tercer envite, no tan directo, a don Francisco se localiza varios años antes, en el soneto «Con poca luz y menos disciplina» (Millé LXVI), posterior a la difusión de la primera *Soledad* en 1613, y que la mayoría de los manuscritos rotulan de modo genérico «contra los que dijeron mal de las *Soledades*» o con epígrafes parecidos; de los cuarenta cotejados por Biruté Ciplijauskaitė, solo cinco son más explícitos¹⁵.

Foulché-Delbosc, New York, 1921, III, n.º 477), es más incierto. Ignoramos si Musa es, como se especula desde la conjetura de Artigas basada en el testimonio del mismo ms. VE, un seudónimo de Quevedo (cf. M. Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*, Madrid, 1925, p. 90). Señala Jauralde que «Jammes no añade razones de peso» que demuestren que no lo es (op. cit., p. 122, n. 9). A nuestro juicio, no corresponde a Robert Jammes ni a ningún otro probar que Musa no es Quevedo, sino demostrar de modo convincente que lo es —o al menos que Góngora viera en ese Musa a Quevedo— a quien así lo crea, como sin duda hará Pablo Jauralde en el capítulo al que remite de su próxima biografía quevediana (op. cit., p. 126, n. 14). Hasta entonces, que Góngora esté apuntando contra Quevedo no se desprende de modo palmario de la propia composición, sino de la réplica a esas cuatro décimas que comienza «En lo sucio que has cantado» (Blecua 827), suponiendo que esta a su vez sea de Quevedo (cf. *infra*). El ms. 3795 BNM, f. 173, señala a don Francisco también como punto de mira de otras décimas atribuidas a Góngora: «Por la estafeta he sabido» (Millé XXVI); su verdadero destinatario es el que indica el ms. 147 de la Biblioteca Universitaria de Barcelona: Juan de Jáuregui.

¹³ El ms. 2244 BNM, ff. 3v-4. Cf. Luis de Góngora, *Sonetos*, ed. de Biruté Ciplijauskaitė, Madison, 1981, p. 515. En su artículo-resena de esta edición, Antonio Carreira recuerda una noticia transmitida por A. Fernández-Guerra y Millé: «el sobrino de Quevedo atribuye a Pérez de Montalbán este soneto, del cual se habría vengado su tío con la *Perinola*. Por poco probable que parezca, es dato de primera mano» (Carreira: «Los sonetos de Góngora a través de sus variantes: notas de crítica textual a propósito de la nueva edición», *El Crotalón*, I, 1984, p. 1028). El dato, en efecto, no atañe tanto a la validez de la atribución gongorina como a la recepción del poema en los medios próximos a Quevedo. De prestarle fe, obligaría a replantear la presunta filiación quevediana de las sátiras antigongorinas en respuesta a dicho soneto.

¹⁴ Ciplijauskaitė: loc. cit.; Carreira: Luis de Góngora, *Antología poética*, Madrid, 1986, p. 157; Millé: *Obras completas de don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, 1932, p. 559. Otra irrisión del prurito helenista de Quevedo se ha querido ver en el comienzo del romance de 1610 «Aunque entiendo poco griego» (*Romances*, 63), aunque parece excesiva la hipótesis de Jauralde, para quien constituye una «soberbia contestación poética... con que [Góngora] pisaba nuevamente el mismo terreno en el que le había emulado Quevedo, es decir, reconociendo que la insolencia poética del madrileño necesitaba de una lección superior» (op. cit., p. 130). Recoge la opinión contraria de A. Alatorre y otros datos el editor de los romances gongorinos (II, pp. 223-224).

¹⁵ Los mss. 3795 BNM, f. 187, RAE 22, f. 121v, y Menéndez Pelayo 108, f. 173, señalan a Quevedo como destinatario del soneto, y, con alguna vacilación, el 3922 BNM, f. 335, y el 4067, f. 68: «Contra Quevedo, al parecer» (cf. B. Ciplijauskaitė, ed. cit., p. 524); en el ms. 19.004 BNM, f. 24v, la asignación procede de mano de A. Fernández-Guerra. La alusión más diáfana se encuentra en el segundo cuarteto: «las puertas le cerró de la Latina / quien duerme en español y sueña en griego, / pedante gofo, que, de pasión ciego, / la suya reza, y calla la divina», donde la perífrasis parece atraída por el concepto litúrgico. En todo

El contenido de estos poemas es corriente: Góngora acusa a Quevedo de no entender la lengua de la que traduce, menciona con ingenio su cojera y lo tilda de bebedor. Bromear sobre la ignorancia del griego —al margen de lo que pueda tener de constatación objetiva en la España del XVII, donde no faltan los nietos de *Pus Podos* como el doctorando del romance gongorino— es lugar recurrente en don Luis, tan poco propenso a pedanterías como gran aficionado a la irrisión de los venerados modelos donde se hallen, sea en clave filológica o mitológica. Quevedo, que ostenta las ínfulas de Lipsio español, constituiría sin duda un blanco a la medida de quien, por las mismas fechas, no tiene reparos en autoadministrarse la burla desde el comienzo de un romance: «Aunque entiendo poco griego» (*Romances*, 63). En cuanto a la cojera de Quevedo, debía de ser casi antonomasia: se encuentra en el *Viaje del Parnaso* de Cervantes, donde nada tiene de insulto, y hasta el propio Quevedo, de pertenecerle la sátira «Alguacil del Parnaso, Gongorilla» (Blecua 841) —cosa, por otro lado, harto improbable, como se verá más adelante—, la habría mencionado en perífrasis alusiva a sí mismo; y si no él, quien la sacó a colación era adepto suyo. Los juegos, por su parte, con el campo semántico de la bebida se cuentan entre los favoritos de la poesía conceptista. La *inventio* de los poemas dedicados por don Luis a Quevedo no parece, pues, muy personal. Eso sí: Góngora desarrolla esos lugares comunes con la agudeza que lo distingue, especialmente en el magistral «Cierta poeta, en forma peregrina» —también en el soneto en defensa de las *Soledades*, donde la posible pulla a Quevedo queda en segundo plano ante la coherencia del concepto. ¿Qué es lo que Góngora ve, pues, en don Francisco? ¿Un poeta que le haga sombra? Nótese bien el móvil de los sonetos que dirige al madrileño: una traducción y la consecución de un privilegio. Lo primero sólo en sentido amplio puede considerarse motivo humanístico, nada comparable, desde luego, a la carga literaria de sus invectivas contra Lope —al que, por cierto, no pierde Góngora la ocasión de acometer hasta en el soneto dedicado a Quevedo. En lo segundo, bajo la especie de poner en la picota los poco edificantes pormenores de la obtención del hábito, podría deslizarse una incursión chusca de don Luis en la recién estrenada polémica por el patronazgo, terreno donde Quevedo sostendrá contra otros, como Morovelli, por no decir contra todos, batallas airadas en favor de Santiago: correctivo muy gongorino al espíritu militante de Quevedo, que el burlón de don Luis sólo puede tomar con sorna, como con humor escribe sobre santa Teresa. Góngora, que tan distinto es a Quevedo, no parece tener nada, ni personal ni literario, contra Quevedo.

En resumen, el rastro de Quevedo en la poesía gongorina se reduce a dos sonetos probables, es decir, veintiocho versos en una producción que ronda los veintiocho mil, una posible alusión en otro, y unas décimas de destinatario dudoso. Aun admitiendo estas, las cifras dan idea de la atención que Quevedo mereció a don Luis en cuarenta y seis años de actividad —la mitad última, compartida en la palestra. Si Góngora escribió

algo más contra él, no nos consta¹⁶. ¿Dónde está entonces su respuesta furibunda a las impertinencias de Quevedo? ¿Dónde la hostilidad de «aquel clérigo huraño»¹⁷? ¿No estaremos cargando las tintas al hablar de *estela de odio y de insultos*¹⁸? La base parece demasiado inconsistente para sostener toda una vida de inquinas. Cabe preguntarse además qué necesidad tenía de fulminar ni a Quevedo ni a nadie el poeta más estimado de su tiempo. Ni siquiera podemos demostrar que existiera una enemistad personal, al menos por parte de Góngora, y que el ocasional intercambio de pullas convencionales

caso, llama la atención que uno de los manuscritos no vistos por Ciplijauskaitė, el de H. A. Rennert (ms. Span. 37 de la biblioteca de la Univ. de Pennsylvania), tan bien informado y minucioso en sus epígrafes, no mencione el nombre de Quevedo a propósito de este poema: «Hiçole don Luis a la primera entrada que hiço en la corte la primera Soledad (Poëma suio), la qual habiendo sido invadida, i combatida de la invidia de sus émulos, salió victoriosa, como se dice en el último verso d'este Sonetto» (ms. Rennert, s. p.).

¹⁶ Una pista muy difusa de otro posible ataque dan los vv. 12-13 («tu décima he leído / contra el cojo poeta esclarecido») de la silva «Alguacil del Parnaso, Gongorilla» (Blecuá 841), atribuida, aunque sin base documental, a Quevedo. Por el singular no parecen referirse a la serie «Musa que sopla y no inspira» antes mencionada —esa que, en sentir de Astrana, Góngora, «ciego de rabia..., borrajeó contra él» (*La vida turbulenta de Quevedo*, Madrid, 1945, p. 93)—, de manera que nos quedamos con lo sabido. Con poco convencimiento y ninguna base, Miguel Artigas especula que pudieran referirse a una décima injuriosa que Góngora habría escrito molesto por su desahucio de la casa comprada por Quevedo, y va más allá conjeturando que se trate de una que figura anónima en el ms. R. I-9-21 de la biblioteca Menéndez Pelayo, f. 41, con el íncipit «Pusso en la cruz a Quevedo» (Artigas, *op. cit.*, p. 191). Es decir, conjetura sobre conjetura. Del ms. 108 de la misma biblioteca (*olim* R-I-9-27) transcribe Artigas el nada gongorino soneto «Quién se podrá poner contigo en quintas», de «don Luis de Góngora a don Francisco de Quevedo, sabiendo se ejercitaba en el arte de la pintura», según reza su epígrafe (Artigas, *op. cit.*, pp. 378-379). Otro epigrama contra Quevedo, atribuido a Góngora en un único manuscrito («Convocado ha todo el mundo», f. 31 del ms. 3476 Barberini Latini, descubierto y descrito por fray Maximiliano Canal de Gijón), lo recoge y comenta Antonio Carreira en sus *Nuevos poemas atribuidos a Góngora* (Barcelona, 1994), pp. 395-396. Tampoco a favor de Quevedo se registra gran cosa en la obra gongorina: no es seguro, como postula Jauralde, que «el reconocimiento poético habría de llegarle a Quevedo más tarde y poco a poco, por ejemplo en los recuerdos de Escarramán en el romance “Al pie de un álamo negro”» (*op. cit.*, p. 130), en tanto no se determinen las fechas de composición de la jácara quevediana y la primera parte del romance de Góngora (cf. la discusión de ambas por A. Carreira: Góngora, *Romances*, ed. cit., II, pp. 340-341 y 345), y, aun así, restarían dudas, al ser la figura de Escarramán un bien mostrenco. Todo hace pensar, pues, en la indiferencia por parte de Góngora.

¹⁷ «Pero también Quevedo pudo adivinar en aquel clérigo huraño un mundo hostil y ajeno» (Jauralde, *op. cit.*, p. 128). Lo de hacer a Góngora huraño es, por cierto, otra de las muletillas de su leyenda negra, ampliamente desmentida por su epistolario y sus contemporáneos, si no bastase el testimonio incontestable de su obra. Repáse, por ejemplo, la relación de la visita del obispo Pacheco al cabildo cordobés en 1588 para conocer lo que sobre don Luis opinaban sus asiduos.

¹⁸ «No sabemos que, por ahora, Góngora le contestase; pero la herida quedaba abierta, permanentemente abierta, para que cada vez que cruzaran sus vidas nos dejaran una estela de odio y de insultos» (Jauralde, *op. cit.*, p. 127; cit. *supra*); «ese cruce de versos proseguirá a lo largo de veinticinco años, historia poética tan rica que ahora no voy a desmenuzar» (*loc. cit.*, p. 129; también citado antes). La ausencia de pruebas hace caer a los relatores de la polémica en tales contradicciones y aplazamientos. Jauralde no es el único; véase, por ejemplo, Emilio Carilla: «... una disputa acerrada que duró veinticinco años y que solo terminó como consecuencia de la muerte de Góngora» (*Quevedo. Entre dos centenarios*, Tucumán, 1949, p. 56); aunque más abajo: «desde 1619 en adelante, Góngora no responde a los ataques de Quevedo y de esa manera la polémica pierde interés» (*loc. cit.*, p. 57); «demasiado minucioso sería enumerar las alternativas de la lucha entre estos grandes poetas» (*loc. cit.*, p. 56). Quien se lleva la palma, claro, es Astrana: «Góngora no replicó. Pero allí quedaba jurada una enemistad que había de persistir toda la vida... La enemistad entre Góngora y don Francisco creció en encono y acritud con los años, hasta resolverse en odio mortal» (*op. cit.*, pp. 96-97).

—si es que hubo tal intercambio— no constituyese un simple recreo literario; en lo que atañe a don Luis, la invectiva de los sonetos mencionados parece más bien un pretexto para desplegar su destreza en la elaboración de conceptos. Quienes como Jauralde declaran que *la enemiga* existió, y montan sobre esa conjetura sus castillos de naipes, deberían probarlo con datos fehacientes.

Porque, si por parte de Góngora los hechos no abonan la magnitud del enfrentamiento, por cuanto concierne a Quevedo tampoco está demostrado que el encono sea tan feroz como se pretende. Por lo pronto, de tal hostilidad no se hace eco Pablo Antonio de Tarsia en 1663, que sí menciona, en cambio, la polémica con Morovelli. Por el contrario, se queja Tarsia de que se hayan atribuido a su biografiado muchas composiciones «odiosas» y algunas incluso «indecentes», que desdicen de su inclinación jovial, nada saturnina, sin especificar cuáles¹⁹. Se ha querido ver en don Francisco un obsesionado con insultar a Góngora hasta cotas que alcanzan lo enfermizo, prescindiendo no ya solo de omisiones sospechosas como esta de Tarsia, sino incluso de documentos positivos como el de Melo, prueba de la alta estima en que Quevedo tenía a don Luis²⁰. La base de tal presunción ni siquiera es el testimonio discutible del *Parnaso español*, a que nos referíamos al comienzo, sino el todavía más peregrino de un puñado de sátiras volanderas contra Góngora, la mayor parte conocidas por un único manuscrito, donde para colmo no están atribuidas a Quevedo. En la nota 7 quedó dicho que en su «Aguja de navegar gongoristas» Robert Jammes ha puesto en tela de juicio la autenticidad de esos poemas, especialmente la de los originados al calor de la polémica por las *Soledades*. Se pregunta incluso Jammes si su autor no será el propio González de Salas, quien, por las trazas no peor poeta que prosista, «es seguramente uno de los adversarios más resueltos del gongorismo»²¹. En realidad, poco importaría que los versos fuesen de González de Salas o de Quevedo

¹⁹ «Y lo que es más intolerable, no ha faltado Aristarco que ha osado poner la pluma en las demás obras deste autor tan aplaudido, añadiendo o quitando lo que a su mal fundado juicio parecía, siendo así, que vn descuido de la tinta de don Francisco de Quevedo, quando le huuiera, prefiere [*sic*] a lo más discurrido destos carcomas de libros, que, llenos de su opinión, están huecos de lo más estimable y sólido de la sabiduría. Dexo los que, para derribarle de lo alto de la opinión en que estaua, le prohibaron muchas obras odiosas, y algunas indecentes: pero quien las cotejare con la modestia y atención de don Francisco conocerá que no son hijas de su ingenio» (*Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas...*, escrita por el abad don Pablo Ant. de Tarsia..., en Madrid, por Pablo de Val, año de 1663, pp. 78-79); «hizo siempre estimación de los ingenios amenos, y facetos, prefiriendo en todo el joui al saturnino» (*ibidem*, p. 103).

²⁰ Francisco Manuel de Melo, buen amigo de Quevedo, pone en boca suya la siguiente confidencia, acreedora de una humildad poco compaginable con la imagen que hoy circula del madrileño: «Torno a dizer que não fui amigo desse zote [Góngora], mas que do seu alto engenho não vi outro mais afeiçoado. Todos os que em seus dias e depois deles versificamos temos tomado seu estilo como traslado do Palatino, Barata ou Morante, para ver se podíamos escrever, imitando aquella alteza, que juntamente é majestade. Poucos o conseguiram, precepidados, como demónios, do resplendor às trevas; donde disseram muitos mal-intencionados que este engenho viera para maior dano que proveito do mundo, pondo sòmente os olhos nos desbaratados, e não nos instruídos» (F. M. de Melo, *Hospital das Letras* [1657], ap. *Apólogos Dialogais*, ed. J. Pereira Tavares, Lisboa, 1959, vol. II, p. 109).

²¹ R. Jammes, apéndice a su citada edición de las *Soledades* de Góngora, p. 694. Esta hipótesis de Jammes se puede poner en relación con las alusiones de Tarsia a ciertos *carcomas de libros* que acabamos de transcribir.

—ya que como de Quevedo admitimos los arreglos de su editor en otras ocasiones—, si no fuera porque en esta ocasión de la invectiva contra Góngora está en juego la bonhomía de don Francisco: de confirmarse las sospechas de Jammes, se habría cometido con su persona una monstruosa injusticia al adjudicarle dichas composiciones, en primer lugar, por lo que tienen de insultantes, pero también porque, como señala Jammes, «salvo una o dos excepciones, son poesías mal escritas, pesadas y totalmente desprovistas de gracia; se diría que el autor trató de disimular su falta de talento detrás de un cúmulo de groserías y ataques personales»²². El propio Jammes ha recordado que, entre las dieciocho sátiras antigongorinas que se atribuyen a Quevedo, solo hay una de la que podamos afirmar con certeza que le pertenece: la n° 825 de la edición de Blecua, «Quien quisiere ser culto en solo un día», ya que fue impresa en el *Libro de todas las cosas y otras muchas más* en 1631, como parte de la *Aguja de navegar cultos*²³. Es significativo que en ella, más que a don Luis, Quevedo embiste a sus imitadores, esos «poetas babilones» del v. 17, lo que coincide con la ausencia de ataques directos a Góngora que Jammes ha observado tanto en el *Discurso de todos los diablos*, como en *La culta latiniparla*, el episodio del «Poeta culto» de *La hora de todos* y el prólogo a las *Obras* de fray Luis de León —las demás contribuciones de Quevedo a la batalla contra el nuevo estilo²⁴. Nos hallamos, pues, ante una falta de pruebas todavía más acusada que en la presunta agresión de don Luis a Quevedo: un único poema seguro, y más contra el gongorismo que ofensa personal a Góngora.

La adjudicación a Quevedo de las diecisiete composiciones restantes presenta distintos grados de fundamento. De entrada, se impone una reflexión: en este punto habría que concluir cualquier especulación si adoptásemos el criterio, por cierto nada severo, de Eugenio Asensio, quien en su estudio de las silvas quevedianas establece la teoría del doble testimonio, manuscrito e impreso póstumo, para conceder credenciales de autenticidad a un poema²⁵. Ninguna de las composiciones que a continuación abordamos cumple ese requisito mínimo de profilaxis filológica, del que solo la singularidad derivada de su carácter satírico —por así decirlo, su clandestinidad— puede eximirlos, y ello a riesgo de convertir la filología en mero impresionismo. Pasando, pues, por alto, que ninguna se imprimió en el XVII, y teniendo que limitarnos a su difusión manuscrita, por el momento no parece lícito prestar fe a las diez recogidas solo —y lo que es más decisivo, sin atribución— en el ms. 108 de la biblioteca Menéndez Pelayo (Blecua 832-837, 839-841 y la versión del epigrama III, 9 de Marcial), así que la cifra queda reducida a siete poemas²⁶. De estos, cuatro se inscriben

²² Luis de Góngora, *Soledades*, ed. cit., p. 677.

²³ Jammes, ed. de las *Soledades* citada, pp. 676-677. El poema ha sido anotado por Ignacio Arellano, junto con los demás sonetos contra Góngora, en su edición de la *Poesía satírico burlesca de Quevedo* (Pamplona, 1984), pp. 520-540. A propósito de esta composición, así como para los núms. 828, 830, 832, 834-836 (ed. Blecua), véanse las precisiones de Carreira a la exégesis de Arellano (*Rilce*, IV, 1, 1988, pp. 148-149). M^a Pilar Celma Valero, por su parte, lleva a cabo un análisis de las sátiras intercambiadas en esta polémica, sin cuestionarse la legitimidad de las atribuciones («Invectivas conceptistas: Góngora y Quevedo», *Studia Philologica Salmanticensia*, n° 6, 1982, pp. 33-66).

²⁴ Cf. Jammes, *loc. cit.*, pp. 680-685.

²⁵ Eugenio Asensio, «Un Quevedo incógnito. Las *Silvas*», *Edad de Oro*, II (1983), pp. 13-48.

²⁶ Los poemas rechazados son los que comienzan «Este cíclope, no siciliano», «Tantos años y tantos todo el día», «¿Socio otra vez? ¡Oh tú, que desbudelas!», «Verendo padre, a lástima movido»,

en el ciclo vallisoletano (Blecua 826, 827, 830 y 831), pero hay que eliminar el n° 830 («Dime, Esguevilla, ¿cómo fuiste osado») porque, en contra de lo que afirma Jauralde, en el único manuscrito en que figura (el 3795 BNM) tampoco consta su atribución a Quevedo²⁷. El sentido de este soneto no es diáfano: se podría incluso ver en él una defensa de Góngora, y no un ataque, si no fuera por el enrevesado terceto último, que aparenta volver irónicamente el elogio en vilipendio, aunque el anacoluto de esos versos finales dificulta el veredicto. Con él parece relacionarse, como parte de una controversia pseudofluvial, el que le sigue en el ms. 3795 BNM, «Vuestros coplones, cordobés sonado» (Blecua 831), que es además la sátira atribuida a Quevedo por un número mayor de testimonios, dentro de la parquedad que caracteriza la tradición seiscentista del madrileño. Su primer verso podría estar recogiendo, como el cuarteto inicial del anterior, un eco de «A vos digo, señor Tajo», romance gongorino no ajeno a tal tipo de diatribas²⁸. Ignacio Arellano hace una lectura metafórica del soneto, entendiendo que en él es Quevedo quien reprocha a Góngora²⁹. En nuestra opinión, se sostiene mejor

«Sulquivagante, pretensor de Estolo», «Ten vergüenza, purpúrate, don Luis», «Esta magra y famélica figura», «Este que, en negra tumba, rodeado», «Alguacil del Parnaso, Gongorilla» y «Dice don Luis que me ha escrito» (cf. su transcripción por Artigas, *op. cit.*, pp. 371-379), casi todos reacción contra las *Soledades* —excepto el primero, inspirado por el *Polifemo* (o más bien por el soneto gongorino en su defensa; cf. Carreira, *Rilce*, IV, 1, 1988, p. 149), y el último, que es una traducción intrascendente donde el *Cinna* del original se vuelve *don Luis*. De la autenticidad de la silva «Alguacil del Parnaso, Gongorilla» ya dudó Antonio Rodríguez-Moñino por razones internas (por ejemplo, el «dicen a los que somos cordobeses» de v. 104, o la alusión a la cojera de Quevedo en v. 124, «y me ha certificado el pobre cojo»), como recuerda Blecua, aunque para contradecirlo sin mejor argumento que una petición de principio (Quevedo, *Obra poética*, ed. cit., III, p. 246). A nuestro juicio, la similitud entre el v. 133 de esta sátira («quemó como pastillas Garcilasos») y el que cierra la *Aguja de navegar cultos* («quemamos por pastillas Garcilasos»), lejos de probar —como sostiene también Blecua— su filiación quevediana, explícitamente la desatribuye; eso, si no bastaba para desautorizarla la constante referencia a Quevedo en tercera persona —por el contexto, poco verosímil como estratagema—, o la torpeza del centón de versos de las *Soledades*.

²⁷ Jauralde, *op. cit.*, p. 128. El epígrafe dice simplemente «Contra el mismo» (ms. 3795 BNM, f. 337v). Aunque atento a la huella de Góngora, Jauralde no señala en este soneto un probable guiño a los vv. 9-12 de «A vos digo, señor Tajo» (*Romances*, 35): «famoso entre los poetas, / tan leído como el *Christus*, / y de todos celebrado / como el día del domingo». La alusión («¿Dime, Esguevilla, ¿cómo fuiste osado / a subirte a las barbas del que ha sido / más escrito en España y más leído / y con más justo nombre celebrado?», Blecua 830, vv. 1-4) no se construye sobre la lectura 'Christus', adoptada por Carreira —mejorando a Chacón y los demás mss.— sobre la base del *Ramillete de Flores*, *Quarta... parte de Flor de Romances nuevos...* (Lisboa: Antonio Álvarez, 1593), y ampliamente documentada en su edición (I, pp. 552-553), sino sobre la *lectio facillior* 'escrito', difundida por todos los demás testimonios. No es la única imprecisión de Jauralde en su rastreo de fuentes: su filiación de la letrilla quevediana «Vuela, pensamiento, y diles» (*op. cit.*, p. 120) no tiene en cuenta la palinodia del editor de las letrillas gongorinas, para quien la de Góngora de igual incipit «fue parodiada por Alonso de Ledesma en su *Romancero y monstruo imaginado*, de 1616... De esta parodia de Ledesma, y no del original de Góngora, se inspira una letrilla de Quevedo de estribillo semejante» (Góngora, *Letrillas*, ed. de Robert Jammes, Madrid, 1980, p. 67). El propio Jammes había escrito en 1963 «Quevedo semble avoir, de son côté, parodié directement Góngora» (Don Luis de Góngora y Argote, *Letrillas*, París, 1963, p. 73).

²⁸ Esta vez se trataría del conocido chiste con el término *sonado* («en España más sonado / que nariz con romadizo», vv. 7-8 de «A vos digo, señor Tajo»), familiar al Quevedo vallisoletano, como se ve en los dos lugares de su obra aducidos por Carreira (Góngora, *Romances*, ed. cit., I, p. 551).

²⁹ Recordemos el poema, en la tradición preferida por Blecua (la que representa el citado ms. 3795 BNM), pero sin adoptar las alteraciones que sobre la versión de este ms. introduce el editor en vv. 8 (*hayan*) y 12 (*y así... el ver*):

una lectura literal, donde el propio Esgueva personificado se defiende de las invectivas gongorinas; la doble redacción que los manuscritos transmiten de los tercetos parece avalar esta hipótesis³⁰.

Los otros dos poemas vallisoletanos atribuidos a Quevedo son las décimas «Ya que coplas componéis» (Blecua 826) y «En lo sucio que has cantado» (Blecua 827), tradicionalmente vinculadas a las gongorinas «Musa que sopla y no inspira» (Millé XXII), que ya mencionamos. Las primeras se adjudican a Quevedo en una media docena de manuscritos³¹. Con tales presupuestos, resulta arriesgado pronunciarse sobre su autoría, ni acudiendo siquiera a esas razones textuales, evidentes para Jauralde, que tan sospechosas resultan cuando de lo quevedesco se trata. Lo único que a nuestro juicio se puede afirmar con alguna evidencia atendiendo a los textos es que, en contra de lo que se suele repetir, las décimas de don Luis a Musa no parecen contestar a estas

Vuestros coplones, cordobés sonado,
sátira de mis prendas y despojos,
en diversos legajos y manojos
mis servidores me los han mostrado.

Buenos deben de ser, pues han pasado
por tantas manos y por tantos ojos,
aunque mucho me admira en mis enojos
de que cosa tan sucia haya limpiado.

No los tomé, porque temí cortarme
por lo sucio, muy más que por lo agudo,
ni los quise leer, por no ensuciarme.

Así, ya no me espanta ver que pudo
entrar en mis mojonos a inquietarme
un papel, de limpieza tan desnudo.

(Quevedo, *Obra poética*, ed. cit., III, pp. 239-240 y ms. 3795 BNM, f. 337v).

Según Arellano, «los versos de Góngora se han *entrado en los mojonos*, en el territorio de Quevedo, a inquietarlo; y *porción compacta de excremento humano que se expele de una vez...* Alude a la utilización que da Quevedo a los papeles de su rival» (nota a 'mojonos', v. 13; *Poesía satírica burlesca de Quevedo*, ed. cit., p. 525).

³⁰ La mayoría de los testimonios presenta una versión discrepante en los tercetos, que para Blecua es la primitiva:

Confieso que son aguas propiamente
las mías, pues que son las que hacen todos,
pero también os digo juntamente
que sois más sucio vos, pues que mis lodos,
mi estiércol, mi inmundicia y mi corriente
en la boca traéis de tantos modos.
(Quevedo, *Obra poética*, ed. cit., III, p. 240).

³¹ Para Jauralde, que califica de *profusa* la difusión manuscrita de este poema, «no hay duda, además por razones textuales, de la atribución y de la ocasión» (*op. cit.*, p. 123, n. 12). Lo indudable es que ninguno de los tres mss. que añade a los vistos por Blecua asigna el poema a Quevedo: el ms. 3795 BNM, ff. 172v-173, lo atribuye a Jáuregui; en el 3985 BNM, f. 246v, aparece sin atribución, y en el 4044 BNM, f. 261v, figura a nombre de Lope de Vega. La relación exhaustiva de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid que incluyen poemas antigongorinos con atribución a Quevedo se debe a Isabel Pérez Cuenca (*Catálogo de los manuscritos de Francisco de Quevedo en la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1997).

de «Ya que coplas componéis»: ni el tono ni los motivos son comunes; nada en ellas permite encontrar el hilo de continuidad, que sí se percibe, por el contrario, entre «Musa que sopla y no inspira» y la respuesta «En lo sucio que has cantado», cuya atribución a Quevedo es bastante más reducida que en el caso anterior³². El contenido, escatológico en «Ya que coplas componéis», se centra ahora en las acusaciones de judío y hereje, acaso por constituir estas décimas de «En lo sucio que has cantado» una réplica literal a las gongorinas; el cambio, no obstante, es tan marcado que casi nos atreveríamos a afirmar que las dos sátiras achacadas a Quevedo parecen de ingenios distintos.

Fuera de esta primera época, en que el bisonño Quevedo pudo, ciertamente, sentir el acicate juvenil de hostigar al poeta consagrado, aún restan otras tres composiciones: dos de ellas, «Poeta de *Oh, qué lindicos*» (Blecua 828) y «Yo te untaré mis obras con tocino» (Blecua 829), han de ser posteriores al soneto gongorino «Anacreonte español, no hay quien os tope», de hacia 1610, como se indicó. Determinar la autenticidad de una sátira personal, con sus dificultades intrínsecas de anonimato y posible suplantación de identidad, es casi siempre un salto en el vacío, aun soslayando el azaroso obstáculo de las atribuciones. La del romance «Poeta de *Oh, qué lindicos*» presenta, en nuestra opinión, serios indicios de duda. El poema es una defensa conjunta de Lope y Quevedo, donde se alude a ambos en tercera persona, como ya vimos que sucede con este último también en «Alguacil del Parnaso, Gongorilla»³³. ¿Escribiría el nada compasivo Quevedo el verso 57 («y al pobre Lope de Vega»), los torpes 67 y 68, en que se estaría llamando a sí mismo y a Lope «dos templos altos», se identificaría, en fin, con el autorretrato «yo, que soy un poetilla / hijo de todos los diablos, / humildemente nacido / entre hongos y entre esparto, / como el barbero aprendiz...» (vv. 97-101)? ¿Se trata acaso de trampas tendidas adrede para despistar? La tercera composición es un soneto que llueve sobre mojado en el empleo de la jerigonza culta, «Qué captas, noturnal, en tus canciones» (Blecua 838), y que por su escasa originalidad —nada contiene, en lo que Quevedo, si es suyo, se distinga de otros *gongoramástiges*—, y por su fecha, tardía en la cronología gongorina —Blecua lo considera posterior a noviembre de 1624—, debió de hallar a don Luis, si es que lo halló, en circunstancias ya poco propicias para darse por aludido³⁴. Balance total: un poema seguro (Blecua

³² De los cinco manuscritos que coteja Blecua, tres contienen atribución a Quevedo (Quevedo, *Obra poética*, ed. cit., III, p. 231). Jauralde apunta un sexto, el ms. 86-1-16 de la Biblioteca Nacional Central de Roma, f. 50v (op. cit., p. 126, n. 16), y aunque en su epígrafe no se nombra a Quevedo («Respuesta de Musa a don Luis»; cf. J. Gómez Pérez, *Manuscritos españoles en la Biblioteca Nacional Central de Roma*, Madrid, 1956, p. 118), la adición le permite reiterar que «los poemas antigongorinos de Quevedo —habrá que insistir— son sus versos más copiados y difundidos» (Jauralde, loc. cit.).

³³ Cf. en especial los vv. 93-96 de «Poeta de *Oh, qué lindicos*», donde al sospechoso recurso a la tercera persona se añade un contenido difícilmente interpretable como irónico: «Y advierte que ni Quevedo / ni Lope harán de ti caso, / para honrarte con respuesta: / que fuera grande pecado» (Quevedo, *Obra poética*, ed. Blecua, III, p. 236).

³⁴ El ms. 2892 BNM, f. 40v, contiene a propósito de este soneto una nota marginal contra «estos anónimos» que «infaman con su imbidia lo que no percibe su inteligencia...», donde para nada se nombra a Quevedo. Artigas conjetura que se trate de una «poesía de Quevedo contra Góngora como respuesta a una décima de este, que tal vez sea la que empieza «Puso en la cruz a Quevedo»» (op. cit., p. 374), pero, como recordamos en la nota 16, esta décima no se la atribuye a Góngora más que el propio Artigas.

825), pero contra el gongorismo; cuatro posibles (Blecua 826, 829, 831 y 838), dispersos a lo largo de más de veinte años; otros dos (Blecua 827 y 828), dudosos por razones estilísticas; una traducción irrelevante, y una decena más de composiciones de atribución quimérica (Blecua 830, 832-837, 839-841). En nuestro estadio actual de conocimientos, eso es lo que hay; el resto, son conjeturas.

Sobre conjeturas se asienta, pues, básicamente, tan célebre episodio de nuestras letras. Como tantas creencias, el caso que nos ocupa resiste mal el análisis y presenta zonas oscuras: llama la atención, por ejemplo, que se haya hecho de Quevedo, y no de Lope de Vega, el gran enemigo de Góngora, cuando Lope, coetáneo estricto de don Luis, fue su verdadero rival; en comparación con el énfasis que se pone en el enfrentamiento entre Quevedo y Góngora, el sostenido con Lope queda en segundo plano, a pesar de que existen testimonios más fidedignos que lo prueban. El origen de tales tergiversaciones habrá que buscarlo acaso como derivación necesaria de otro error retrospectivo: el de la oposición dieciochesca entre dos tendencias, culteranismo y conceptismo, cuyas cabezas visibles serían Góngora y Quevedo. Partiendo de esa dicotomía, casi se impone proyectar hacia el pasado, en forma de enemistad personal, la disparidad estética e ideológica. No obstante, hay indicios de que el bulo hubo de fraguarse en el siglo anterior. El espaldarazo de las ediciones de fray Luis y Francisco de la Torre debió de ser decisivo para hacer de Quevedo adalid de la lucha contra el gongorismo desde principios de la década de los treinta, quién sabe si incluso más allá de lo que el propio Quevedo hubiera podido desear o imaginar: que Melo, como terciando en desagravio, se sienta obligado en la fecha relativamente temprana de 1657 a presentarnos a don Francisco en persona saliendo en defensa de Góngora puede arrojar alguna luz sobre la confusa trama que lleva a la situación mejor conocida del s. XVIII, y en la que algún papel hubo de tener con su inadvertencia el bueno de Cuesta y Saavedra, poseedor del controvertido ms. 108 de la biblioteca Menéndez Pelayo y colector, en el último cuarto del s. XVII, del manuscrito gongorino 3906 BNM. Después de casi dos siglos y medio, no se ha conseguido deshacer del todo el error de las dos escuelas contrapuestas planteado por Luis José Velázquez en 1754, sistematizado por Juan José López de Sedano y difundido por la historiografía extranjera³⁵. Está por ver cuánto tiempo hará falta para demoler las fabulaciones levantadas acerca de los dos poetas. En Quevedo, mito en general positivo: su aureola romántica, a partir de las anécdotas transmitidas por sus deudos, que llega cuando menos hasta Eulogio Florentino Sanz y Alejandro Casona, y a la que se suma, en nuestros días, la apreciación positiva de los valores existencialistas y el seudoexpresionismo de partes de su obra. En Góngora, por el contrario, su mala prensa, nacida de la batalla entre sus partidarios y detractores, y creciente al tiempo que subía la estima de Quevedo, por esas simplificaciones propias de la didáctica³⁶. Las prolongaciones hasta nuestro siglo

³⁵ Véase el estudio de su gestación y desarrollo en A. Collard, *Nueva poesía. Conceptismo, culteranismo en la crítica española* (Madrid, 1967), especialmente pp. 111-125.

³⁶ La oposición, naturalmente, no es tan sencilla, y merecería un estudio detallado; también hubo antiquevedismo en los siglos XVIII y XIX. Buen ejemplo de las contradicciones de la época es la estimativa de un Quintana, quien censura tanto a Quevedo como a Góngora, aunque también, por otra parte, los admira y alaba a los dos.

de tal falseamiento de Góngora son notorias —recuérdese sin ir más lejos la aversión, paradigmática, de Menéndez Pelayo, Antonio Machado o Unamuno—, como conocidos son los hitos en su rehabilitación. Pero la satanización de Góngora perdura aún en el ambiente, difundida, todavía hoy, por manuales y la inercia. De forma celada, alcanza incluso al especialista, a quien en ocasiones librarse de prejuicios no resulta más fácil que al lector común.

En el ensayo que venimos comentando como representativo de determinado quevedismo al uso se percibe esa herencia, quizá a despecho del propio autor. Jauralde no escatima, ciertamente, el elogio a don Luis, a quien sin duda no teme agraviar en sus cortas alabanzas —cortas, aunque las suba al grado más supremo. Pero las lisonjas que prodiga no nos engañan: siempre subyace la comparación con Quevedo en detrimento del cordobés³⁷. De «soberbio romance» conceptúa a «Esperando están la rosa» (*Romances*, 60), que líneas después se rebaja a «retahíla floral», frente a la parodia quevediana «Don Repollo y doña Berza» (Blecua 683)³⁸. A veces, tampoco adjudica equitativamente su repertorio, como si todo fuera uno y lo mismo en la poesía de Góngora: «la primorosa finura lírica del cordobés», aplicado a un romance tan poco ambicioso como «Contando estaban sus rayos» (*Romances*, 70), suena a cumplido de compromiso³⁹. El encomio podía haberse reservado para poemas de mayores vuelos, como el romance de Angélica y Medoro (*Romances*, 50), donde Jauralde sorprendentemente ve «tanta gracia como ironía»⁴⁰. Su personal criterio lo lleva a encarecer con admirativa sorpresa «una de las vetas más ricas de la poesía burlesca de Quevedo», por la cual «Quevedo hará hablar a los mantos, los burros, las telas, las verduras...» —campo trillado por la literatura helenística—, mientras que el romance que puso de moda ese recurso en España, «Murmuraban los rocines» (*Romances*, 39), es para él «como tantas cosas del poeta cordobés, rebrotes de la poesía representada por Castillejo» —y aquí ya no sabemos si se trata de parcialidad, estimativa gruesa o simple desatención a la historia literaria⁴¹. Esperemos que el desafortunado parentesco no se le haya ocurrido al profesor pensando en los respectivos *Polifemos*; a lo mejor tiene en mente las concomitancias epidérmicas de romances como «Apeóse el caballero» (*Romances*, 62) o «En tanto que mis vacas» (*Romances*, 47), y, en ese caso, quedaría igualmente manifiesta su animadversión. Animosidad que, por lo visto, autoriza al estudioso a obsequiar al lector con una perla como la que Jauralde, con quevedesca inspiración, se permite a propósito del romance de Góngora «Cuando la rosada aurora» (*Romances*, 53): «un tema con variaciones sobre la mierda»⁴². Para qué seguir.

³⁷ En alguna ocasión, el subconsciente traiciona a Jauralde: «Ya vimos que Quevedo ensayó cuatro sonetos, hay que reconocer que ninguno tan definitivo como los dos que Góngora redactó para la misma ocasión [la muerte de la duquesa de Lerma]» (*op. cit.*, p. 132): ¿por qué hay que reconocer nada?

³⁸ *Op. cit.*, p. 131.

³⁹ Jauralde, *op. cit.*, p. 134.

⁴⁰ *Op. cit.*, p. 132. Como gracia ve en el empleo del adjetivo *caducas* en el v. 9 de «Que se nos va la pascua, mozas» (*Romances*, 8), ignoramos por qué (Jauralde, *op. cit.*, p. 120, n. 2).

⁴¹ *Op. cit.*, p. 131.

⁴² Jauralde, *op. cit.*, p. 122. Puestos en clave quevedesca, este prurito escatológico parece cortado a medida de ciertos versos de la décima que inaugura la serie en que supuestamente Quevedo responde a la letrilla gongorina del Esgueva; esa donde, según Jauralde, Quevedo se pone a la altura de don Luis,

No. El distinguido quevedista no parece simpatizar con la poesía gongorina. Al aceptar las posturas de la crítica decimonónica en cuanto a la atribución a Quevedo de ciertos poemas y a la existencia de una pseudoguerra literaria entre este y Góngora, Jauralde termina asumiendo también, acaso sin advertirlo, los gustos de esa misma crítica, que ensalzan a Quevedo y disminuyen a Góngora. Ello no tendría mayor relevancia en nuestros días, cuando por medio mundo circulan ediciones de ambos autores y cada cual puede juzgar, si no fuera porque tal antipatía —involuntaria o no, mala consejera para calar en la entraña de un poeta—, da carta blanca a la incomprensión y deformación históricas, cuando no al anacronismo, que permiten a Jauralde presentar a Góngora no ya sólo, como se vio, «intentando aplastar a aquel joven insolente» que es Quevedo, sino desenvolviéndose «torpemente» en los medios cortesanos, o componiendo sus sátiras vallisoletanas como desfogue al verse privado de los «estallidos de luz y noches de aromas» de su Andalucía natal⁴³. Pues, tan arbitrario como suponer que Góngora viese en Quevedo un rival, es el desmerecer sus dotes cortesanas, haciendo, nuevamente, acopio de más fe que razones. (Otro cantar bien distinto, que tal calidad no aumente a nuestros ojos el prestigio de Góngora, ni el de Quevedo.) Si el provinciano don Luis se movió con poca destreza «en el difícil círculo cortesano que Quevedo dominaba, desde su infancia»⁴⁴, no es especulación, sino hecho probado, que su torpeza no le impidió conseguir dos hábitos militares, una capellanía real y la deferencia de la propia reina, quien le envía sus médicos en la última enfermedad, mientras que a don Francisco, «augur de los semblantes del privado» —como lo hubiera podido motejar el autor de la *Epístola moral a Fabio*—, su supuesta habilidad lo lleva a dar con sus huesos en la cárcel. Otras virtudes se le hallarán sin esfuerzo, pero hace falta bastante capacidad de sugestión para atribuir dominio cortesano, o clarividencia alguna, al Quevedo de la hermosa «Epístola satírica y censoria» (Blecua 146) enviada al conde de Olivares al comienzo de su privanza, o en la menos hermosa comedia al valido, de la que nos preguntamos qué pensaría hombre tan cultivado. Una lectura detenida de tales obras, como también de *Política de Dios*, la *España defendida* o la recién descubierta *Execración contra los judíos*, daría materia abundante para una revisión de este tipo de juicios que tan chico favor hacen a

«alineándose con el tono refinadamente sucio de Góngora» (*op. cit.*, pp. 124-125), aunque, en su sentir, «el poeta cordobés era, exquisitamente, mucho más soez» (*op. cit.*, p. 125). No nos imaginamos cómo el veredicto se concilia con la *finura lírica* de antes, ni cómo se las ingeniaría Jauralde para probar tales oxímoros. Una opinión bien distinta sostiene Robert Jammes, para quien a esas décimas («Ya que coplas componéis», Blecua 826) «verdaderamente sucias y groseras... les falta el humor de Góngora y su habilidad en evitar las palabras indecentes» (Góngora, *Letrillas*, ed. española cit., p. 139).

⁴³ Jauralde, *op. cit.*, pp. 130, 128 y 122, respectivamente. No menos lamentable que tales desvaríos es el desaliño formal de este trabajo, con el que Jauralde se suma a la dolorosa lista de quienes nos impiden ver claro. Huelga la *boutade* de citar por Millé, «aunque teniendo en cuenta el ms. Chacón» (*op. cit.*, p. 120, n. 2); no ha de ser para salvar las erratas que se pudieran haber deslizado por manejar una edición póstuma de Millé (la 5ª, de 1961, en vez de la 1ª, 1932), pues Jauralde las aumenta: por ejemplo, ni Chacón —ni Millé— contienen en el romance «Apeóse el caballero» (*Ch* II, p. 98; Millé 62) el disparate «muchos años de hermosura / en pocos siglos de edad» que Jauralde transcribe en p. 133. No se trata de un despiste ocasional, sino de la tónica en un trabajo de veintidós páginas donde las erratas de todo tipo —ortografía, concordancias sintácticas, tipografía, fechas, transcripciones y puntuación de poemas—, doblan con creces esa cifra.

⁴⁴ Jauralde, *op. cit.*, p. 128.

Quevedo presentándolo como un lince contra toda evidencia; no creemos que su figura precise de tales componendas. Remedios tanto más contraproducentes cuanto que se basan, de nuevo, en maniqueísmos injustificados. Dudamos que en algo beneficie a Quevedo, ni que le haga justicia, el que, frente a su cacareada perspicacia, se oponga la impericia del menos indicado: Góngora, quien sin recurrir a arbitrios ni sofisterías cuenta a don Gaspar de Guzmán entre sus más fervientes admiradores.

La presunta torpeza de don Luis no pasa de ser otro tópico —residuo, como tantas cosas, del romanticismo—, que servirá al Cernuda de *Como quien espera el alba* para su exaltación del Góngora maldito. Como lo es la ocurrencia de que «trasplantar un andaluz a tierras castellanas siempre ha sido una operación delicadísima» —por aquello de la renuncia a estallidos lumínicos y aromas—, según pretende Jauralde aduciendo casos actuales⁴⁵. Tal presupuesto parece deleznable como móvil de la sátira gongorina; no se comprende que la privación de Vecinguerra pueda inspirar invectiva alguna contra el Esgueva, como tampoco imaginamos a Góngora sumido en una juanramoniana depresión *avant la lettre* —el buen humor, en contra de lo que Jauralde cree, es uno de los fuertes de don Luis—, y se nos antoja peregrina la figura de un Góngora que «hace valer sin tapujos su andalucismo, como un valor que le sirve para todo»⁴⁶. El supuesto alarde gongorino de andalucismo recuerda, en nuestro sentir, al de otros contemporáneos, andaluces y no andaluces, que, como Góngora, participan de una idea generalizada desde el siglo XVI: el enorme prestigio de lo andaluz⁴⁷. Pero si cabe, el antagonismo regionalista que Jauralde propone resulta aun menos verosímil por el lado de Góngora que, como andaluz, parte, también en esto, de una posición aventajada: una vez más, es en todo caso Quevedo quien pudo sentir su inferioridad ante el cordobés, que lo llevase a esgrimir su castellanía, haciendo, como suele, de la necesidad, virtud⁴⁸. No parece que en la arremetida de Góngora contra Valladolid aliente afán nacionalista alguno —concepto, como el que más, de tufillo romántico—,

⁴⁵ *Op. cit.*, p. 122.

⁴⁶ Jauralde, *op. cit.*, p. 123.

⁴⁷ «Nace o se refuerza también entre los andaluces, en estos comienzos de la Edad Moderna, un sentimiento de autosatisfacción que los contemporáneos comprenden y comparten, que no es insolidario ni agresivo, que se manifiesta, por ejemplo, cuando, en la Junta de La Rambla, reunidas las ciudades andaluzas en enero de 1521, declaran que no deben ir a remolque de las ciudades comuneras de Castilla porque “muy mejores ciudades y de mayor autoridad hay en Andalucía”. La personalidad de Andalucía en el siglo XVI es un hecho, aunque no a nivel político... La personalidad, la identidad se la conferían el renombre de riqueza, de prosperidad, la realidad de esa prosperidad, que atraía gentes de todas partes a sus puertos, a sus centros urbanos, desde pícaros y mendigos hasta renombrados artistas, escritores y grandes mercaderes. Ser andaluz resultaba prestigioso. “A algunos les parece lo andaluz aumento, y siendo de Ribadavia dicen que son de Sevilla” (Remiro de Navarra: *Los peligros de Madrid*)» (A. Domínguez Ortiz, *Andalucía ayer y hoy*, Barcelona, 1983, p. 168).

⁴⁸ Hipótesis regionalista que, además de engañosa, no es nueva, sino que remonta cuando menos a una intuición de Astrana, como señala el profesor López Ruiz: «El mismo Astrana ya insinuaba la oposición entre el andalucismo de Góngora y el castellanismo de Quevedo como posible razón inicial del enfrentamiento» (Antonio López Ruiz, «Quevedo versus Góngora», *ap. Quevedo: Andalucía y otras búsquedas*, Almería, 1991, p. 323).

sino un secular motivo literario, hace tiempo estudiado por Jammes: el menosprecio de corte⁴⁹.

Tal es el Góngora que se nos presenta. Con todo, el agravio mayor no es el que en el citado ensayo se hace a don Luis: sin duda es Quevedo quien sale peor parado. En el cuadro que traza Jauralde el lector contempla con el alma encogida cómo el triste Quevedo corcuse su centón de retales gongorinos, haciendo de remiendo capa de pobre para tapar su corcova y sus pies zambos. No: Quevedo no es el tullido espiritual que nos pinta Jauralde. Queremos creer que no lo es, aun cuando hayamos de reconocer que cuesta trabajo formarse una idea fiel de lo que fuese el poeta Quevedo. No ya solo, como señalamos, por las cautelas que impone una poesía inédita en su mayor parte al morir el autor y en manos no sabemos hasta qué punto piadosas. También, por la deformación misma a que han sometido la imagen de Quevedo los excesos de sus adictos. Para encontrar a sus iguales en la magnitud del elogio suscitado hay que picar muy alto: Lope, «Fénix de los ingenios» destinatario de un credo semiblasfemo; Góngora, «Homero español». Quevedo, «príncipe de los líricos», «Juvenal en verso», según el dictamen del *Laurel de Apolo*, complaciente con todos, casi hasta con el propio Góngora. Fervores, por lo demás, de muy distinto cariz: a Lope, en su tiempo, lo adora el pueblo con la efusión indiscriminada de la masa; a Góngora, una inmensa minoría exigente y hedonista. ¿Y quién adora entonces a Quevedo? De él se ha llegado a decir en nuestro siglo que es el poeta más inteligente de nuestra lengua, incidiendo en una idea que viene de confundir las dos acepciones de la palabra *concepto*, o que compuso el que tal vez sea el mejor soneto amoroso de la poesía española⁵⁰. Pobre Quevedo. Siempre asediado por la hipérbole. ¿Quevedo contra Góngora? «Quevedo contra Quevedo, siempre», como sentenció Raimundo Lida⁵¹; y la normalidad contra él. Y lo que quizá es más grave, cierto quevedismo contra Quevedo: aquel que —por decirlo con un término acuñado por el propio Lida en otro contexto— *ultraquevediza*⁵², va más allá de Quevedo mismo, más allá de los hechos. «Las cosas, exterior y interiormente, / se dividen en propias y en ajenas», comienza su traducción de Epicteto. No vendría mal retenerlo, antes de endosar a don Francisco lo que a lo mejor no le corresponde. Eso, si es que en algo importa la justicia histórica y poética, y no solo rellenar al acaso nuestro horror al vacío irreparable del pasado.

Ignoramos los motivos que han llevado a Pablo Jauralde a anticipar en *Voz y Letra*, como entrega prematura de la que está llamada a ser su obra máxima, tan inicuo y nada inocuo parangón entre Góngora y Quevedo. A todas luces se revela borrador malogrado de un proyecto al que deseamos mejor signo. Jauralde nos debe un

⁴⁹ Cf. Robert Jammes, «Le mépris de Cour», ap. *Études sur l'œuvre poétique de don Luis de Góngora y Argote* (Université de Bordeaux, 1967), pp. 116-144.

⁵⁰ Juan José Domenchina: «Quevedo... es el poeta más inteligente de la poesía de habla española, y el más viril y eficaz entre los esgrimidores del verso castellano» («Concepto español de la poesía», ms. 22.262 BNM, f. 31); Dámaso Alonso: «ese famosísimo soneto amoroso ["Cerrar podrá mis ojos la postrera"]», que es seguramente el mejor de Quevedo, probablemente el mejor de la literatura española» (*Poesía española*, Madrid, 1950, p. 526).

⁵¹ Raimundo Lida, «Cartas de Quevedo», ap. *Letras hispánicas* (México, 1981), p. 119.

⁵² R. Lida, *Prosas de Quevedo* (Barcelona, 1980), p. 14.

Quevedo: el que merecen Quevedo, el discreto lector y toda una vida de dedicación al escritor madrileño⁵³.

*

PAZ, Amelia de. «Góngora... ¿y Quevedo?». En *Criticón* (Toulouse), 75, 1999, pp. 29-47.

Resumen. Sobre la presunta rivalidad encarnizada entre Góngora y Quevedo, infundado tópico de la historia literaria española, hoy inoportunamente reactivado por P. Jauralde Pou en un reciente ensayo. Reexamen del tema: rareza de textos y ausencia de datos fehacientes; origen de esta errónea creencia (dieciochesca oposición entre culteranismo y conceptismo; decimonónico prejuicio antigongorino...).

Résumé. Contre le mythe de la féroce rivalité qui aurait opposé Góngora et Quevedo, lieu commun sans fondement de l'histoire littéraire espagnole, inopportunément réactivé aujourd'hui par P. Jauralde Pou dans un récent essai. Réexamen de la question: rareté des textes et absence de données dignes de foi; origine d'une pareille croyance erronée (opposition forgée au XVIII^e siècle, entre culteranisme et conceptisme; préjugé antigongorin hérité du XIX^e siècle...).

Summary. This essay shows that the myth concerning the strong rivalry between Góngora and Quevedo, which is an unjustified commonplace found in Spanish literature, regrettably reactualized by P. Jauralde Pou in a recently-published essay, is but a fallacy. This myth is here questioned: paucity of texts; lack of trustworthy data; origine of the myth (the opposition culteranism and conceptism was created in the 18th century; anti-gongorian prejudice inherited from the 19th century).

Palabras clave. Conceptismo. Culteranismo. Góngora. Historia literaria. Quevedo. Sátira.

⁵³ Expresamos nuestra gratitud a Ignacio Arellano, Antonio Carreira, Robert Jammes, José Manuel Martos y Lía Schwartz, primeros censores de este trabajo. Estando ya impreso, se ha producido la publicación de la biografía de Quevedo por Pablo Jauralde (Madrid, Castalia, 1998), que, con leves modificaciones, incluye el opúsculo aquí comentado.

FESTIVAL IBEROAMERICANO DE TEATRO - UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

II CONGRESO IBEROAMERICANO DE TEATRO:
AMÉRICA Y EL TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO DE ORO
(Cádiz, 23 a 26 de octubre, 1996)

Edición a cargo de
Concepción Reverte Bernal
y
Mercedes de los Reyes Peña



Servicio de Publicaciones
Universidad de Cádiz

Cádiz, 1998